

—*Calabaza*, grita, sin embargo, un Simón el bobito, que ha olvidado la solución.

—Tú sí que eres un calabazo, diantre de muchacho; el mamey, niño, el mamey.

Y de tal naturaleza son los demás acertijos que se proponen y tienen por solución, el puente, la cebolla, la granada, las balanzas, la luna, la escoba, y otras innumerables.

En vista de tanto como te he referido estarás tal vez en la creencia de que nada me queda por contarte acerca de los entretenimientos de los niños, más digote que estás en un error, pues aún faltan algunos que, para tu conocimiento, voy á sacar del almacén de mi memoria.

Para el juego del escondite, los niños presentan sus manos extendidas y la que hace de directora del juego va dando sucesivamente en el dorso de aquellas, ligeros pelliscos, diciéndole á la vez:

Merolico, Merolico.

¿Quién te dió tan grande pico?

Nuestro Señor Jesucristo;

Tú que vas

Tú que vienes

A lavar

Los manteles

De la chata narigata,

y al terminar esta frase ordena al niño á quien se dirige, que se ausente diciéndole:

Yo te mando

Que te vayas á esconder

Al cañito de San Miguelito.

El niño parte en seguida y va á buscar un escondrijo cualquiera, aunque sea la carbonera. Cuando la quietud y el silencio indican que el niño aquél se ha ocultado, dirígenle esta lacónica pregunta ¿ya? á la que una voz débil y lejana responde, ya.

Los demás niños parten en su busca, tomando distintas direcciones; más los que han tenido el buen sentido de dirigirse hacia el lugar de donde ha partido la voz, pronto dan con el escondido.

LOS FRAILES EN ORACION.

Un fraile, dos frailes,

Tres frailes en el Coro

Hacen la misma voz

Que un fraile solo.

Esto lo cantan en tono de himno, y luego

alzan los brazos, dirigen sus miradas al cielo y dicen muy serios:

¡Qué lindos padres!

¡Qué admiración!

Y postrándose, añaden en seguida, en tono grave:

¡Entremos en oración!

El carácter condicional del juego consiste en que todos han de conservar absoluta seriedad, pues á los que no pueden contener la risa, se les impone, por la directora, las penas proporcionales á las faltas en que han incurrido.

—Doz manazos (palmadas) al Padre Fray Fulano.

Dos azotes al Padre Zutano.

Con lo que se da por terminado el juego.

La Procesión. En tanto que uno de los niños recita los despropósitos que en seguida se expresan, todos los demás, con las personas que las acompañan, dan vueltas al rededor de la pieza, en orden de procesión, procurando aquel niño, al terminar la lista de sandeces, atrapar á uno de sus compañeros para que dé prenda y lo sustituya. El juego vuelve á repetirse, así como la siguiente relación:

Mañana domingo

De pico de gallo,

Se casa Benito

Con un pajarito

¿Quién es la madrina?

Doña Catarina.

¿Quién es el padrino?

D. Juan Botijón,

Y dale que dale con el bordón

Antes que acabe la procesión.

A estos juegos siguen otros igualmente insulsos como el *Sopla vivo te lo doy, el monigote* y el *panadero*, que es el último, generalmente elegido para que el sueño se apodere de los niños, quienes ya cansados, no pueden resistir las repetidas y fastidiosas frases de "dormid, dormid" ¿ya está el pan?

La que dirige el juego de *Pipis y Gañas*, da en el dorso de las manos de los niños, ligeros pelliscos, á la vez que va preguntando y aquellos respondiendo:

—Pipis y gañas,

Juguemos á gañas.

¿Con qué jugaremos?

—Con la mano cortada.

—¿Quién te la cortó?

—El rey y la reyna.

—¿Dónde está el rey?

—Se fué por agua,

—¿Que es del agua?

—Se la bebieron las gallinitas.

En este orden siguen muchas preguntas tan sandias como las respuestas, hasta que se dice al niño, que toca el fin de la relación: *alza la mano que te pica el gallo.*

La segunda parte del juego, cuyo intento principal es el de provocar, como se ha dicho el sueño de los niños para llevarlos á acostar, se distingue, por la repetición de la siguiente frase:

—¿Ya está el pan?

—No, se está poniendo el panadero los pantalones.

A cada repetición del *dormid, dormid*, y de idénticas preguntas, respóndese sucesivamente que el panadero ya se puso los zapatos la chaqueta, el sombrero, etc., hasta que llega el momento de hacer esta última pregunta:

—¿Ya está el pan?

—Allá va ya.

Y termina el juego con el examen de las manos de todos los jugadores para observar su temperatura. Al que las tiene calientes se le dice: *Estas son para Dios*, y al que las conserva frías: *estas son para el diablo.*

Al fin dominados los niños por el sueño las nanas cargan con ellos y los llevan á sus camas, los persignan, los desnudan y los acuestan haciéndoles repetir, ya casi dormidos, la siguiente oración:

Santo Angel de mi guarda,

Mi dulce compañía,

No me desampares

De noche ni de día.

Con Jesús me acuesto,

Con Jesús me levanto,

Por la gracia de Dios

Y del Espíritu Santo.

Bendito y alabado sea, etc.

De la misma manera son llevados á sus dormitorios los niños de la servidumbre, quienes ya tranquilos caen en sus camas, como piedra en pozo.

Idénticas son las oraciones que los niños repiten en diferentes actos del día.

Gracias te doy, gran Señor.

Bendigo tu gran poder,

Que con el alma en el cuerpo

Me has dejado amanecer,

Así te pido y suplico

Me dejes anocheecer,

Por tu Santísima gracia

Y tu gran poder. Amén.

Al ir á la escuela:

Con Dios me acuesto,

Con Dios me levanto,

Con la gracia de Dios

Y del Espíritu Santo.

Dios conmigo,

Yo con El,

Dios por delante

Y yo tras de El.

Después de comer:

Gracias te doy, gran Señor,

Y alabo tu gran poder,

Pues que sin merecerlo

Me has dado bien de comer;

Dios se lo pague á quien me lo dió,

Dios se lo dé á quien no lo tenga.

* * *

Injusto por demás sería señalar los defectos de la educación que ayer se daba á los niños y no parar mientes en la que hoy reciben.

Si pernicioso era antes la costumbre de permitir las tertulias de niños y criadas, por los resabios que aquellos adquirían, mayor es la de permitir hoy, que tomen participación en las conversaciones de personas mayores y aún extrañas á la familia. Un niño en el estrado es un taimado cuando calla, pero que todo lo oye y nada pierde de cuanto se dice, respecto de hechos nada edificantes como son todos los que sirven de temas de conversacion y están á la orden del día; indiscreto y comprometedor cuando suelta su media lengua, hace sufrir por su mucha ingenuidad, no pocas congojas y bochornos á las personas de su familia.

Entregar un pequeñuelo á merced de su nodriza es una práctica de las más imprudentes, por cuanto á que la tal nodriza trata de asimilar á sus costumbres la del niño, dándole á comer frutas y golosinas que no puede digerir, tirándole de un delicado miembro, por ejemplo de un brazo, para llevarlo por la calle, haciéndole multiplicar sus débiles pasos para igualar á los suyos, pasándolo imprudentemente de una acera á otra sin cuidarse, poco ni mucho, de los

animales y vehículos que transitan por la calle; exponiéndolo á los ardores del sol y no resguardándolo de los vientos helados, descuidándolo mientras se halla entregada á sabrosa plática con una amiga ó con su amante y, otros casos que pudieran citarse como el de llegar aquella á poner sus manos sobre el niño, unas veces porque llora y otras por que la molesta.

No es de extrañar, por tanto, que el niño regrese á su casa, con algunas contusiones, con un brazo roto ó tocado de alguna enfermedad.

No menos inconveniente, y tal vez más grave, es la costumbre de permitir que cualquier criado lleve á un niño á la escuela y vuelva por él, pues quien ignora que los criados de malas costumbres, como generalmente son los hombres del pueblo bajo, siempre están profiriendo palabras indecentes, sin recato alguno; que hacen participante al niño de sus coloquios amorosos, nada puleros ó de sus conversaciones obscenas con los amigos; que aprovechando su paso por una pulquería entran en ella para satisfacer su repugnante vicio, con otros individuos de su jaez, en medio de los cuales está el niño oyendo *leperadas*, y observando escenas que debe ignorar y obligado á veces á beber el degradante licor, abuso llevado á cabo con algunos niños, de lo que muchos están bien enterados. La gravedad del caso todavía es mayor cuando es una niña la que así se descuida.

A estos abusos, que tan perniciosa influencia ejercen en el porvenir de los niños, débese agregar la costumbre de llevarlos al teatro, en vez de dejarlos en el hogar, entregados á su tranquilo y necesario sueño. En casos semejantes, la imaginación viva y lozana de un niño, al despertar, trabaja afanosamente para darse cuenta de las escenas *realistas* del teatro francés y de las nada pulcras de la zarzuela, escenas unas y otras que inducen á la perversión. El adulterio, los maridos engañados, los raptos y la seducción, forman los asuntos en que estriban, casi exclusivamente, los argumentos de la comedia moderna, escenas tanto más peligrosas, cuanto más bella es la forma y más reales y vivos los episodios. En esos espectáculos, el hombre aplaude, la mujer se mortifica ó finge mortificarse y el niño piensa en lo que no debe, en lugar de fijar en su mente y en su corazón preceptos y sentimientos sa-

nos, que más han de servirle en su edad madura.

Creíase antes que el teatro era una escuela de moralidad y aunque no estoy de acuerdo, de una manera absoluta, con tal aseveración, convencido estoy de que el teatro ilustra, abstracción hecha de aquél á que antes me he referido; no existiendo más diferencia entre el de antaño y el de hogaño, que en aquel no dominaban los asuntos inconvenientes que se han expresado y en éste no sólo dominan sino que se les ha dado proporciones excesivas; aquél divertía y daba, generalmente, pasto al espíritu, y éste, con exceso despreocupado, también divierte pero alagando las pasiones y dando pasto á espíritus enfermos; en aquél resolvíanse los temas del asunto, y en éste casi siempre quedan sin solución, como que las cuestiones de que tratan son arduas y peligrosas, y si la tienen, no dejan satisfecho al espectador de buenas costumbres.

He hablado del teatro, estableciendo diferencias entre el antiguo y el moderno, pero de una manera general, pues ni en el primero faltaban escenas censurables, ni en el segundo escasean las correctas y dignas, pues no todos los autores han apechugado con el repugnante realismo que en estos tiempos domina.

Si por haberme atrevido á tanto en la época en que se escribe con temor, he de recibir dicitos, benditos sean si mis observaciones pudieran producir sus frutos en la patria que me es tan querida.

Abandonemos el tono sentimental y volvamos al llano, siguiendo el ejemplo de los teatros, en los que para dar tregua al dolor y alivio al espíritu, impresionado por las escenas fuertes de un drama, síguese á éste el sainete con sus festivas peripecias, es decir: llorar para reír después, lo contrario de lo que acontece en el gran teatro del mundo, que, al fin de todo, solamente subsiste la impresión dolorosa.

Para dar término á este artículo es oportuno hablar de otro defecto, de menos trascendencia que los anteriores, pero defecto al fin, el cual propende, á enfatuar á los niños, y por ser el asunto de naturaleza tan diversa, debe ser tratado no seriamente como he manifestado, sino bajo la influencia del buen humor.

Encantadoras son las gracias naturales de los niños pero no las artificiosas que las más

veces son desagradables, y se dice las más veces, porque algunas hay en que un niño, por su precocidad é inteligencia, airoso sale de su ardua empresa.

Si en cualquiera reunión se halla presente un niño habilidoso y recae la conversación sobre las excelencias de sus facultades intelectuales, entra desde luego en escena, la que se desarrolla de una manera análoga á la siguiente:

Envanece la madre por los elogios tributados al niño, llama á éste y le dice:

—Dí Manolito la fábula que sabes.

—Si no me *acueldo*.

—Sí, hijo, aquella de los Conejos.

El remilgoso levanta un brazo á la altura de su cara, y dice:

—Si ya se me *ovildó*.

Dirigiéndose la madre á las personas que están de visita les dice: Los muchachos son como los pericos, que cuando más empeño se tiene en que hablen permanecen mudos.

Al fin los ruegos y caricias triunfan de la obstinación del mocoso, quien se coloca al fren-

te del estrado, se yergue, avanza un pie, mueve la nuca como si le molestase el almidonado cuello de la camisa, y da principio á su recitación.

De entle de unas matas

Seguido de perros,

No dilé coría,

Volaba un col . . . nejo . . .

Después de una larga pausa dice:

—Si ya se me fué.

—¿Qué, el conejo?

—No, la *fábula*.

—Déjelo usted, dice una señora, compadecida de la congoja del niño que pugna por sacar del atolladero de su memoria la continuación de la fabulilla: otro día se acordará.

Dos ó tres lindas jóvenes se acercan presurosas al muchacho, lo estrechan entre sus brazos y le dan besos tronados como saben hacerlo cuando quieren, diciéndole: qué gracioso! qué mono!

Cuántos, ante semejante espectáculo no exclamarán: ¡Quién hubiera, en su niñez, recitado versos!



IX

MEXICO DE DIA.

LAS DILIGENCIAS.

COMO el amanecer del tiempo de mis mocedades no ofrece diferencia alguna con el del presente, ahórrome el trabajo de describírtelo, querido lector, al estilo de poeta, sacando á Doña Aurora, muy emperejilada, en

su carro de oro, y al rubicundo Apolo que, como un lagartijo de Plateros, tenazmente la persigue. Ese amanecer, querido lector, debe serte, además, muy conocido, á menos que seas uno de esos que hacen del día noche y de la noche día